

rece todo con las más ridículas y absurdas interpretaciones. Y ¡ay del que se ría de la explicación! ¡Al momento le dirán que está negando un hecho!—H. Mager ha realizado últimamente no pocos experimentos y ha llegado a conclusiones muy parecidas a las de Pablo Lemoine y del abate Senderens, profesor del Instituto Católico de Tolosa. Según ellos, la naturaleza de la varilla no tiene importancia: sus movimientos son debidos a contracciones musculares involuntarias provocadas por la influencia radiante de las aguas y masas metálicas, influencia que varía de intensidad según la sensibilidad de los individuos y según la masa mecánica y la composición química del cuerpo excitante.

**Una palabra** del discurso del químico francés L. LINDET en el VIII Congreso Internacional de química aplicada (Washington y New York, septiembre de 1912): «¿No es de veras interesante ver el Mundo arrastrado por dos movimientos irresistibles y contradictorios? Por un lado, cada nación se muestra celosa de su independencia y personalidad política; por otro, las ideas se fusionan, tras un ideal que responde a necesidades universales: la independencia intelectual y social se borra ante la solución de problemas que son idénticos y que no pueden ser resueltos sino de un mismo modo, y olvidamos nuestras nacionalidades, nuestras contiendas y antiguas querellas, y nos hacemos solidarios, para mayor bien de la Humanidad».

**Un párrafo** de una lección reciente del prof. DEBOVE, miembro de la Academia de Medicina de París. Habla de las causas de las enfermedades: Se repite a menudo que «para ser feliz precisa una buena salud». Pueden ustedes volver al revés la fórmula, y decir «para tener buena salud, es necesario ser feliz». Multitud de tuberculosos, v. gr., han adquirido su enfermedad después de ciertos pesares. Han sido contaminados, ciertamente, pero si el bacilo se ha desarrollado ha

sido a causa de la depresión de origen psíquico, que ha creado un terreno muy favorable a su pululación. Sean ustedes materialistas o espiritualistas, como gusten, yo no intento discutir esta cuestión de doctrina, pero no olviden nunca el lazo íntimo que une lo moral y lo físico, y, sobre todo, no piensen que las penas morales sólo engendran enfermedades de los nervios.

**El don de las matemáticas** es semejante al don de la vista; es un sentido del alma, como diría el geómetra Platón: él nos hace percibir la verdad por una de sus innumerables caras. El que ejercita y desarrolla las Matemáticas, ejercita y desarrolla una de nuestras facultades. Ahora bien, nuestras facultades son realidades, más aún, son las únicas realidades que directamente nos son conocidas, y su funcionamiento constituye nuestra vida. Las Matemáticas puras, independientes de toda aplicación, merecen ser cultivadas por sí mismas. Al desarrollo aislado de nuestras facultades debemos la formación de los diversos mundos de los sentidos, el de los colores, el de la música, etc. Nos acercamos a la Verdad por la fusión armónica de las percepciones de todas nuestras diversas facultades. — Así creemos resumir el discurso presidencial de Gabriel LIPPMANN en la Academia de Ciencias de París el 16 de diciembre último.

**J. Walker**, miembro de la Sociedad Real de Londres, profesor de la Universidad de Edimburgo, ha principiado su discurso presidencial en el Congreso de Portsmouth con las siguientes palabras de Lord Kelvin, particularmente sabrosas en estos momentos de guerra oficial a las matemáticas: «He repetido a menudo que cuando se puede medir aquello de que se habla y expresarlo con números, se posee algún conocimiento. En otro caso, el conocimiento que se posee es ralo e insuficiente: será a lo sumo un comienzo de conocimiento o un primer grado de ciencia».—E. J. R.